

La tercera, la vencida

Delia Balderrama

“¿Qué mija, estás lista para venirte?” preguntó mi tío. A mi madre se le encogió el corazón. Un montón de pensamientos le corrían rápidamente: “¿Lo podré lograr? ¿Valdrá la pena poner mi vida en peligro?” Sentía miedo y tristeza en dejar a su familia en México, pero ella presentía que los Estados Unidos, prometía mejores oportunidades. Su prima decidió acompañarla y juntas empezaron a recoger sus pertenencias, ya que mi tío tenía a un coyote contratado.

El coyote las recogió en la madrugada y les prometió llevarlas a Colorado. Arrinconadas en una camioneta, mi mamá y su prima tuvieron que aguantar calor y sed, sólo para darse un paseo. Con el permiso de la camioneta vencida, se tuvieron que regresar a Juárez. Las dos se bajaron con boca de algodón y las piernas encogidas de tanto apachurrarlas. Decepcionadas al fallar en su primer intento, ellas decidieron no rendirse y seguir intentando.

Pocas semanas después, decidieron emprender su viaje de nuevo. El sol señalaba que era de mediodía. El calor era tan inmenso que “parecía que el diablo estaba planchando”. La idea de cruzar el Río Bravo no sonaba mal, ya que las ansias del calor se las comían. Al llegar a las orillas del fluvial, todos pararon y se quedaron asombrados. ¿Por qué el nombre Río Bravo, si el agua se veía pacífica? Sin perder tiempo, el coyote ordenó ciertos minutos para poder nadar hacia el otro lado. Al meter un pie, el agua tibia se sentía amable y bienvenida. Con las miradas se dijeron “¿Listos? ¡Vámonos!” Con rapidez, todos se metieron al agua. La corriente estaba fuerte, se sentía los remolinos estrujándolos bruscamente. Lo que contenía por dentro del río, pasaba fuerte rasguñándoles las piernas. Fue una batalla dura contra el río, pero todos triunfaron y se encontraron con otro señor quien los llevó a su casa.

En una habitación, estaba una señora disfrazando a mi mamá. “Tienes suerte que eres pálida con ojos de color igual a las gabachas”. Mi madre terminó pareciendo una muñeca, pintada, con tacones, pantalones cortos y con una peluca güera. El señor las dejó en el aeropuerto de El Paso, Texas acompañadas con un güero. Al caminar, les temblaban las rodillas y les corría el sudor cada vez que pasaba un oficial. Por los pasillos, se sentían todos los ojos encima de ellas. El avión se dirigía para Colorado y tenían esperanzas de subirse en él. Cuando llegaron a la sala, el oficial les mandó: “let me see your papers”. Los ojos de mi madre se les agrandaron y sintió un gran peso en el estómago. Después de un par de horas de preguntas, mi mamá y su prima abordaron un camión que viajaba para Juárez.

Mi madre le dijo a su prima: “Pues como dice el dicho; la tercera vez es la vencida” y decidieron intentar su emigración de nuevo. Al tercer día, por la noche, ellas se enfrentaron de nuevo al Río Bravo. Aterrorizadas por lo brusco que era, atravesaron el río sobre un neumático. El siguiente paso era cruzar una autopista con carros a extraordinarias velocidades. Tuvieron que esquivar los carros con precaución y dirigirse a un parque que estaba atestado de gente. Por entre la muchedumbre se desaparecieron hasta volverse a encontrar con el mismo señor. Duraron tres días escondidas en su casa. Tenían miedo de quedarse dormidas, aterrorizadas por las pesadillas de ser descubiertas. Por fin el señor decidió que era un buen tiempo para empezar el camino. En la camioneta, a mi mamá por ser güera, le tocó el asiento de enfrente mientras los demás estaban amontonados atrás. Sentían nervios de ser deportadas de nuevo. Rodearon la caseta de reviso y duraron doce horas para llegar a la casa de un pariente. Con pavor de ser denunciadas, estuvieron encerradas hasta que las recogió mi tío.

Cruzar la frontera fue un intenso recorrido y con la suerte que se llevaban, les tomó tres veces para lograr y estar de este lado de la frontera. Mi madre dice que para ella valió la pena seguir intentando. Ella sabía que los EE.UU. ofrecía mejores oportunidades y quería ofrecer una vida nueva a su familia, y lo logró.